

Chateaubriand oponer á la vida primitiva de sus indios el fausto de Versalles y el facticio brillo de la sociedad parisiense. Es ésta una idea que, sin ser nueva, después de los *Siameses* de Dufresny y de las *Cartas Persas* de Montesquieu<sup>1</sup>, da una nota bastante nueva en la obra de Chateaubriand severa y grave — y hasta una nota alegre y maligna. — Poco importa que la historia sea objeto de algunos atropellos, que se hayan agrupado hombres que no vivieron en la misma época, que Chactas asista á la substanciación de una causa criminal cuando el procedimiento criminal era secreto desde la época de Francisco I, ni que las ideas de Platón se hallen confundidas con las cristianas. Todo el viaje de Chactas á París, para el que Chateaubriand tuvo en cuenta sus propias impresiones de adolescente maluino, cuando vió por vez primera la corte y la gran ciudad, todo este viaje rebosa en exquisita ironía, agudeza é ingenio: Chactas, mostrándose poco fuerte en etiqueta en presencia del rey, Chactas en la Academia Francesa, y hasta en la cena de Ninon de Lenclos. Las más ingeniosas perífrasis permiten á un indio hablar de cosas enteramente nuevas para él: París es la gran aldea; sus tiendas son las cabañas del comercio; Versalles es la cabaña del jefe de los jefes; el ministerio de marina representa las artes de Michabu; una carta es un collar; el vino se llama el jugo del fuego, y el tabaco, el polvo querido del Consejo de los sachem; la Academia es una cabaña donde se reúnen los hombres venerables; las salchicheras son las cabañas del comercio donde se expone la carne de las víctimas; la iglesia es la cabaña de las oraciones donde se escucha á un genio cuyo soplo anima unas trompetas de bronce (quiere decir que allí se toca al órgano); además Bossuet predica « como la voz misma del Gran Espíritu »; la galería de las fiestas es la mansión de los Manitúes; allí ve Chactas á Mad. de Montespan, á Mad. de Maintenon, á Mad. de Lavallière y á Mad. de Sévigné cuyo talento epistolar le hacen comprender: « las mismas gracias han arreglado los collares que esta matrona envía á su hija. » Ninon de Lenclos es una célebre Ikuesen. ¡ Por desgracia, también las había entre los Natchez y hasta tenían un nombre! En cambio el alcalde de los Natchez se llama el edil, porque históricamente hubiera sido preciso darle su verdadero nombre de jefe de la harina, que sonaba mal en un poema.

Hay en todo esto si no puerilidad, á lo menos una diversión juvenil, un juego de transposiciones que no siempre es claro ni afortunado. Omontio, el guía de Chactas, le explica en el teatro: « He allí un poco más lejos dos palmeras ilustres por su raza; pero que no tienen la gracia de los tres ríos, ni están adornadas de otra cosa que de collares políticos. « ¿Qué quiere el lector que comprenda, Chactas, ni qué

1. El autor olvida los chistosos *Cuentos* de Voltaire, que ya había hecho admirar á un indio americano las maravillas de la civilización francesa. (N. del T.)

puede comprender el lector mismo? Tal vez muchas cosas, pero no ciertamente lo que significaba, á saber: Mademoiselle de Montpensier y Madama, segunda esposa del hermano de Luis XIV, no tienen las gracias de las Sras. Deshoulières, Lafayette y Lambert y no escriben sino memorias históricas y políticas. Son éstas charadas infantiles con las que no pueden compararse, ni de lejos, las perífrasis de Delille.

En el segundo volumen, el relato tiene más animación y gana en interés dramático lo que pierde en punto á sátira. La lucha de los Natchez contra los blancos, los tipos de Utugamiz y del malvado Onduré, las conmovedoras figuras de Celuta y de la deliciosa Mila, la fisonomía pensativa de Renato (la carta de Renato á Celuta es una página sumamente bella), las enumeraciones, los combates y los paisajes, tienen un encanto poderoso que sólo pierde algo de su brillo si se compara esta Iliada salvaje con las páginas más maduras y bellas del genio de Renato.

*Atala* y *Renato* han nacido de la misma inspiración, son como episodios del *Genio del Cristianismo* y como preparativos de éste. Hay lector que jamás hubiera hojeado el libro si no hubiera buscado en él á Renato y *Atala*. El autor se veía obligado á guardar una sola condición, la de hacer entrar la novela en el cuadro del libro, dándole una tendencia á hacer amable la religión y á demostrar su utilidad. *Atala* está precedida de un prólogo, descripción feliz y encantadora de la Luisiana y del curso del Meschacébé (Misisipí): El Nilo de los desiertos arrastra pinos y encinas é islas flotantes de pistia y de nenúfares cuyas amarillas flores se alzan como diminutos pabellones. En estos barcos de flores con velas de oro toman pasaje verdes serpientes, garzas azules, flamencos sonrosados y amarillos cocodrilos.

Las dos orillas presentan aspectos diferentes: por un lado, llanuras donde pacen búfalos y bisontes; por otro, rocas, árboles de todas formas, colores y perfumes; vides locas, begonias, y coloquintas que se enrollan al arce y al tulipero formando mil grutas y mil pórticos.

Todo este cuadro inicial encanta por la frescura de los toques; es algo artificioso, demasiado limpio, florido y se halla idealizado; pero la página produce una impresión de belleza luminosa, de coloraciones amables, y de olorosos laberintos; y le perdonamos de buen grado los « osos embriagados con uvas » que ciertos críticos han tomado severamente por un capricho de su imaginación, siendo así que Carver, Bartrab, Imley y Charlevoix garantizan el hecho, según asegura el autor.

Después del descubrimiento del Meschacébé por el P. Marquette y La Salle, los primeros franceses hicieron alianza con la poderosa tribu de los Natchez. Uno de ellos, el sachem Chactas (voz armoniosa) se vió implicado en un mal negocio, reducido á prisión y condenado á



galeras en Marsella. Puesto luego en libertad y presentado á Luis XIV, visitó á Versalles y conoció á Racine, á Bossuet y á Fenelon; es un tipo cómodo, ni salvaje ni civilizado. Volvió á su país y se quedó ciego. Serviale de guía una doncella, del mismo modo que Malvina conducía á Ossian en las rocas de Morven: esta joven no vuelve á aparecer en el relato ni desempeña ningún papel.

En 1725, un francés llamado Renato, pensativo y solitario, llegó á dicho país y pidió que le admitiesen como guerrero entre los Natchez. Adoptóle Chactas como á hijo suyo y le dió por esposa á Celuta, cuyo papel es muy insignificante. Durante una caza de castores, pidió Renato á su padre adoptivo que le refriese su vida, y Chactas empezó en estos términos: « Nos ha reunido, hijo mío querido, un destino muy extraño. »

Chactas, hijo del guerrero Utalisi, fué herido en un combate contra los muscogulgas, en el que Areskui y los Manitúes, dioses de la guerra, no fueron favorables á los Natchez ni á sus aliados los españoles. El joven herido fué llevado á remolque por los fugitivos hasta San Agustín, donde le acogió un español llamado López, pero Chactas llegó á fastidiarse, echó de menos sus llanuras, volvió á tomar su arco, sus flechas y su plumaje y abandonó á López para volver á su vida libre.

Partió á través de los bosques donde no tardó en ser sorprendido por una banda de muscogulgas y de siminoles. Tuvo que decir quién era.

— Me llamo Chactas, hijo de Utalisi, hijo de Miscu, que han arrebatado más de cien cabelleras á los héroes muscogulgas.

— Chactas, regocijate, serás quemado en la gran aldea.

— No me parece mal.

Desde aquel momento hasta la hora de la hoguera surgen obstáculos é incidentes que van retrasando el suplicio y nos permiten admirar escenas salvajes, bailes y canciones indias, la antorcha de los desposorios, la virtud prolífica de las tumbas de niños, el consejo de los ancianos que deliberan acerca de la naturaleza del suplicio, y cada orador va echando en el centro del círculo un collar de perlas en fe de sus palabras. El edificio del parlamento es pintoresco:

No lejos de Apalachucla alzabase, sobre una colina aislada, el pabellón del consejo. Formaban la elegante arquitectura de aquella rotonda tres círculos. Las columnas eran de ciprés pulido y esculpido; iban aumentando en altura y en espesor y disminuyendo en número, á medida que se acercaban al centro indicado por un solo pilar. Desde lo alto de este último partían bandadas de corteza que, pasando por encima de las otras columnas, cubrían el pabellón en forma de abanico.

Viene luego la fiesta de los muertos que retrasa el suplicio. Por último, se prepara éste en el Bosque de la Sangre, y, por vía de preludio, un muscogulga apunta á Chactas y le atraviesa el brazo con una flecha.

Su muerte estaba fijada para el día siguiente; pero había interesado el corazón de una doncella, una salvaje cristiana, Atala, hija de Simaghan, que más de una vez había ido á desatar sus lazos durante la noche. Los indios habían descubierto su complicidad y habían redoblado su vigilancia. Sin embargo, la noche que precedió á la ejecución, desató Atala al prisionero y huyó con él.

La fuga de los dos enamorados es una de las más conmovedoras historias.

Se aman; pero Atala opone á los deseos de su amigo una resistencia que no bastan á explicar por sí solos el pudor ni la religión. Cierta noche de tempestad, á la azulada claridad de los relámpagos que surean el cielo, sentado Chactas bajo un árbol encorvado, al abrigo de la lluvia, tenía á Atala sobre sus rodillas; iba á sucumbir cuando llegó un perro saltando alegremente delante de un religioso, el P. Aubry que los recogió en su gruta de ermitaño. Había fundado cerca de allí una colonia de Indios convertidos.

Al día siguiente, hallábase Atala moribunda, el religioso, anciano dulce y firme la asistió en sus últimos momentos, le administró la extremaunción y Atala confesó que, habiendo sentido la víspera que estaba á punto de sucumbir, había tomado un veneno: porque su madre había hecho voto de virginidad por su hija nacida con pocas esperanzas de vida y cuando Atala cumplió los diez y seis años, le había dicho: « Jura que no me harás traición á la faz del cielo. Me he comprometido por ti; si no cumples mi promesa, hundirás el alma de tu madre en los eternos tormentos. »

El miedo de ceder y de condenar á su madre al infierno le había hecho cometer otro crimen, el de atentar á sus días.

Atala, alma sencilla, no tenía idea de ciertos arreglos en cuestiones de conciencia. El P. Aubry, á pesar de su gran barba, es el mejor de los padres. Por lo que hace al voto materno, el obispo de Quebec podía anularlo, puesto que comprometía á una tercera persona sin su consentimiento. En cuanto al suicidio, Dios excusaría aquel crimen producido por un santo escrúpulo.

Murió Atala y fué enterrada por Chactas y por el P. Aubry bajo una roca desierta. La litografía ha popularizado la escena.

Chactas quería quedarse allí; pero el P. Aubry le aconsejó que volviera á la vida de acción. Chactas, Renato y el Padre Aubry fueron los tres asesinados por los queroqueses.

La hija de Renato y de Celuta llevaba con las cenizas de la tribu, los



restos de Chactas, de Atala y del Padre Aubry cuando la encontró Chateaubriand, y este encuentro es una escena de una poesía perturbadora como visión bíblica en una decoración misteriosa.

*Atala* apareció en 1801. El episodio de *Renato* fué desglosado del *Genio* en 1807 y constituye la obra maestra de Chateaubriand. He aquí la fábula:

Renato desdenaba á su esposa Celuta y no veía á nadie, salvo á su padre adoptivo Chactas y á un misionero, el Padre Souel, cuya presencia sólo sirve para hacer el sermón final que ha de deducir la moral religiosa de aquella aventura. Después de haber contado Chactas su vida en *Atala*, pidió á su hijo adoptivo Renato que le hiciese á su vez la misma confidencia. Renato accedió á su ruego y le contó su historia bajo un sasafrás á orillas del Meschacebe « No puedo, dice, menos de sentirme algo avergonzado al empezar mi relato ».

Es la historia á la vez sencilla y algo erapulosa de un joven ocioso y perseguido por el tedio, de quien se enamora su hermana; ésta se avergüenza de semejante inclinación y halla en un convento el bálsamo para su herida. Renato es muy inocente de los mórbidos caprichos de su hermana Amelia y no se comprende muy bien por qué razón en uno de los numerosos prefacios de *Atala* y *Renato*, condena Chateaubriand á Renato como causante del mal. « Amelia, dice, muere feliz y curada y Renato acaba miserablemente. De esta suerte resulta condenado el culpable y su demasiado débil víctima siente renacer una alegría inefable etc. »

¿Cómo? Renato es justamente castigado en lugar de su viciosa hermana. Comprendo perfectamente que Chateaubriand le reproche el haber sido melancólico, solitario y víctima del tedio, pero ¿cómo es posible que semejante carácter deba lógicamente inspirar « amor » á una hermana?

Renato ha paseado su cansancio y su hastío por el mundo entero en las ciudades, en los suburbios y en los países lejanos. El cariño de su hermana era el único lazo que le unía al resto de los hombres, porque no conocía ni trataba á nadie. Pero esta hermana era, por su parte, muy extraña y sin cesarse ocultaba y desaparecía. Hallándose solo, Renato quiso matarse; acudió Amelia y le hizo jurar que viviría. Por su parte se retiró á un convento donde fué modelo de arrepentimiento y de virtudes. Renato solo supo, gracias á una frase furtiva durante la toma de velo, la funesta pasión que había inspirado.

Esta toma de velo es el punto culminante del relato: es una verdadera obra maestra, á pesar del preciosismo de algunas expresiones, como la tonsura de la hermosa cabellera de Amelia á la que llama « los enojos de su frente ».

Sólo entonces le inspiró aquella mujer, claustrada y muerta en vida,

un interés que tal vez no era puramente fraternal; pero todo peligro estaba conjurado, pues el muro del claustro era como la lápida de un sepulcro. Sin embargo, si acaso llegó á surgir en el corazón de Renato algún sentimiento impuro, la culpa la tuvo Amelia, cuya confesión hizo nacer en su hermano una emoción extraña. El Padre Souel le dijo en tono de censura: « Temo que una confesión salida del seno de la tumba haya turbado á su vez su alma, merced á una *espantosa justicia* ».

Esta justicia no se muestra con evidencia á pesar de la nueva lección que Chateaubriand inflige á su héroe al final de los Natchez:

— No se hace salir á los demás del orden sin que haya en sí mismo algún principio de desorden, y aquel que, siquiera sea involuntariamente, es causa de alguna desgracia ó de algún crimen, no se halla nunca inocente á los ojos de Dios.

He aquí una deducción extraña. Esto equivale á olvidar que ha habido ejemplos de un misticismo sensual que ha profanado la santidad misma de Jesús.

Amelia murió como una santa y Renato huyó desterrado al Nuevo Mundo, donde refirió su vida al Padre Souel, el cual le amonestó severamente por haberse sustraído á sus deberes sociales.

— ¡Joven presumido, que habéis creído que el hombre puede bastarse á sí mismo! La soledad es mala para el que no vive con Dios, pues aumenta las potencias del alma al mismo tiempo que les quita toda materia en que ejercitarse.

Una vez más insistimos en que hubiera sido mejor explicar que la soledad inspira á las hermanas un verdadero amor hacia su hermano.

Chateaubriand quería enlazar á Renato con el *Genio*.

Necesitaba un asunto espantoso. Vaciló entre Fedra incestuosa, Tiestes, Amnón y Tamar, Canace y Macareas, Cauno y Bibis y Mirra, y Lot y sus hijas; pero la aventura de Amelia le pareció más á propósito para demostrar la necesidad de los claustros, á diferencia de Lamartine que no comprendía esas soledades pobladas de hombres y mujeres, que huyen de un mundo para encontrarse en otro. « Es reducir los límites del mundo, pero no huir de él ».

Chateaubriand quiso demostrar su utilidad en ciertas desgracias de la vida y también el poder de una religión que es la única que puede cerrar heridas que no podrían curar todos los bálsamos de la tierra.

Condenaba también el amor excesivo á la soledad. Los conventos ofrecían en otro tiempo retiros á esas almas contemplativas, cuyo número habían multiplicado Juan Jacobo Rousseau y Werter.

Hallaban junto á Dios con qué llenar el vacío que sentían en sí mismas y ocasión para ejercitar raras virtudes. Pero después de la destrucción de los monasterios, e ha visto multiplicarse en la sociedad una especie de solitarios



apasionados y filósofos que, despreciando el siglo á pesar de vivir en él, se alimentan á solas con las más vanas quimeras y con una misantropía orgullosa que conduce á la locura ó á la muerte.

No hay que analizar ni abreviar los cortos y admirables relatos de *Atala* y de *Renato*; es preciso releerlos para dejarse llevar del profundo deleite que inspiran estas escenas, estas descripciones, estos curiosos estados de alma, estos trozos eternamente magníficos y perturbadores: la toma de velo de Amelia, el análisis del tedio de Renato, y la muerte de su padre, argumento invencible de la inmortalidad del alma:

Es la primera vez que se ha presentado á mi vista claramente la inmortalidad del alma. No pude creer que aquel cuerpo inanimado fuese en mí el autor del pensamiento; comprendí que debía venirme de otro manantial; y en medio de un santo dolor que se acercaba á la alegría, esperé unirme algún día al espíritu de mi padre. Hay otro fenómeno que me confirmó en esta elevada idea. Los rasgos paternos habían tomado en el féretro cierto carácter sublime. ¿Por qué no sería indicio de nuestra inmortalidad este extraño misterio? ¿Por qué no había de haber grabado la muerte, que todo lo sabe, en la frente de su víctima, los secretos de otro universo? ¿Por qué no habría de haber en la tumba, alguna gran visión de la eternidad?

Completan las visiones de América este espléndido é inimitable álbum de vistas y de impresiones que Chateaubriand trajo de su viaje. Pero más aún que este colorido brillante, arde el fuego interior de la pasión en estas páginas conmovedoras que han perturbado á más de un adolescente, empezando por Edgard Quinet, el cual dice:

La primera vez que cayó en mis manos un libro de Chateaubriand, fué, si mal no recuerdo, en un banco de piedra, en uno de los patios del colegio de Lyon; nos hallábamos en plena primavera. Agitaba las acacias del patio un viento ligero que iba sembrando una á una las flores sobre el volumen embalsamado. Las páginas en cuestión eran *Atala* y *Renato* que produjeron en mí el efecto de una visión. Experimentaba cierta especie de terror el acercarme á aquel mundo ideal que se abría ante mi vista. Cuando cerré el libro parecióme que acababa de descubrir el secreto del amor profundo y de probar del fruto del árbol del bien y del mal en el Edén de la imaginación.

Esto equivale á definir por experiencia la extensión y el alcance de la obra.

Completa los trabajos de Chateaubriand un libro de suma belleza. Pero como los *Mártires* proceden del *Genio*, hay que abrir antes este brillante tratado.

El 18 de abril de 1802 se restableció en Francia el culto católico y

fué promulgado el concordato. El mismo día, *El Monitor*, inspirado por el Emperador, daba cuenta, por la pluma de Fontanes, del *Genio del Cristianismo*, á propósito para favorecer el despertar de la idea religiosa.

Esta obra era de actualidad y llegaba á su hora como lo demostró el éxito. Sin embargo, el autor no había pensado en semejante efecto. La muerte de su madre le había hecho volver los ojos hacia la religión; expresó el estado de su alma, que era el de un número considerable de franceses. Como sucede con frecuencia, la actualidad era inconsciente, pero no por eso menos eficaz.

Compuso una obra considerable, dividida en cuatro partes y 22 libros. Sus grandes divisiones son: *Dogmas y doctrina*; *Poética del cristianismo*; *Bellas Artes y literatura*; *Culto*.

Diráse acaso, como ya se ha dicho, que, no siendo sacerdote Chateaubriand, no tenía calidad para defender el cristianismo. La objeción es irrisoria. Más seria es la que se le hace al echarle en cara que no consideró la religión sino desde el punto de vista de las simples bellezas humanas. « Esto es rebajar su dignidad. »

Aun aquí tiene defensa. Por de pronto, no ataca, sino que defiende. No pondera una religión querida y admirada, sino una religión odiada, despreciada, ridiculizada, acusada de bárbara y de enemiga de las artes y del genio.

Era preciso probar lo contrario. Á las burlas de Voltaire no podía responderse con silogismos. Era preciso probarle á un hombre honrado que puede ser cristiano sin ser un necio y tranquilizar su amor propio. Era preciso vulgarizar esta idea, hacerse leer por todos, por el hombre más incrédulo y por el joven más ligero. Era preciso obrar sobre la opinión del mundo, y así como se había hecho de la impiedad una especie de buen tono, había que devolver á la religión su nobleza puesta en duda y demostrar que los cuadros religiosos no son ridículos por sí mismos. Había que combatir la novela impía con la novela piadosa: *Atala* y *Renato* sirvieron desde luego como cebo para los lectores frívolos. El autor los quitó de su obra en seguida, dando pruebas de tacto.

¿Era acaso el primero que hacía una apología poética de la religión? ¿Qué otra cosa han hecho Sannazaro, Vida, Buchanan, el Taso, Milton, Corneille, Racine y Bossuet (*de Suavitate psalmorum*)<sup>1</sup>?

Le legitimidad del asunto no admite duda. Su ejecución da lugar á críticas. El plan carece de unidad. Por mucho que el autor nos asegure que lo ha trabajado durante años, que ha quemado varios planes anteriores y que *el Telémaco* y *el Espíritu de las Leyes* presentan un plan confuso, todos esos argumentos no logran enlazar la doctrina y la poé-

1. En castellano pueden citarse numerosas apologías de este género como *El Evangelio en triunfo*, de Olavide, las obras de Donoso Cortés, etc. (N. del T.)



tica del cristianismo. Hay que tomar el libro como es. No es la obra de un teólogo sino el trabajo de un pintor y de un poeta, y no hay motivo para quejarse de ello. Creemos que tenía razón Joubert cuando escribía á Mad. de Beaumont :

Inspira más curiosidad su genio que su saber; más bien se buscará en su obra la belleza que la verdad; hay que contar con Chateaubriand para hacer amar el cristianismo, y no con el cristianismo para hacer amar á Chateaubriand. ¡Cumpla éste con su oficio y encante nuestra alma!

Puede prescindirse de la parte doctrinal. Lo que nos agrada es el lado pintoresco de la obra, paisajes, ruinas, y descripciones brillantes de ceremonias del culto presentadas con una magnificencia puramente oriental. Misterios y sacramentos, virtudes, verdades de las escrituras, son páginas dogmáticas que forman una especie de prefacio y como penumbra al deslumbrante cuadro siguiente : Dios demostrado por las bellezas de la naturaleza y los espectáculos del universo. Concluye por el sentimiento íntimo que poseemos de la inmortalidad de nuestra alma.

Las partes II y III suministran á la teología el concurso y el auxilio de sus encantadoras digresiones sobre las epopeyas cristianas del Dante y del Taso<sup>1</sup>; sobre la poesía de la familia, sobre los tipos literarios de los afectos y de las pasiones, los esposos (Adán y Eva, Ulises y Penélope), los padres (Príamo y Lusián), las madres, los hijos, las hijas, los guerreros y los amantes. Es un curso de literatura hecho desde el punto de vista cristiano con el mismo procedimiento de los paralelos que le había servido ya en el *Ensayo*.

Uno de los capítulos esenciales de esta revista literaria es la teoría de lo Maravilloso cristiano, que debe ensanchar y realzar la poesía reducida á muy estrechos límites y envilecida por la poesía de las pequeñas divinidades de los bosques y de las aguas. La conclusión coloca á la Biblia muy por encima de Homero.

Hay que ir á buscar más adelante (III) la continuación de esta historia literaria : filósofos, moralistas, y (lo que es completamente nuevo) la literatura científica, los historiadores, los oradores; es un curso completo : La Harpe ó Sainte-Beuve con religión y poesía.

Á la poesía siguen las bellas artes, y, en primer término, la música religiosa cristiana, que merecía un desarrollo menos mezquino. Los capítulos que comparan el arte antiguo con el arte gótico, no son únicamente hermosas páginas de crítica artística; en aquella época debieron parecer paradojas. Era muy nuevo admirar y hasta mirar las catedrales, cuyo genio estético y cuyo pensamiento profundo nos conmue-

1. Posee nuestra lengua, en este género, un poema admirable : *La Cristiada* del P. Hojeda que ha merecido á la crítica los más altos elogios y del que seguramente hubiera sacado partido, de conocerle, el genio de Chateaubriand. (N. del T.)

ven hoy día tan fuertemente, que no concebimos este espectáculo desprovisto de una impresión conmovedora. Chateaubriand es uno de los primeros á quienes se reveló su belleza, porque antes de él sería difícil encontrar un homenaje ó una atención dirigidos á ellas.

Por lo que hace á las bellezas de la naturaleza, ya habían pensado en ello Juan Jacobo Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre : pero el arte gótico había permanecido ignorado y desdeñado hasta que Chateaubriand despertó la poesía dormida bajo las naves, á la sombra de las torres y de los pórticos. Al curso de literatura sucede de esta suerte uno de los primeros cursos de arte, concebidos y expuestos hasta entonces : pintura, escultura y arquitectura.

Los elementos pintorescos que suministra al artista y al poeta el cristianismo, se hallan expuestos con una belleza que coloca el modelo más perfecto al lado de la teoría : las ruinas, los sitios en que se alzan los monasterios, las tumbas antiguas, los cementerios campesinos, las campanas, las fiestas cristianas en los campos; todo ello constituye un álbum de hermosas acuarelas de tonos cálidos, luminosos y precisos, cuyas hojas se hallan un tanto desperdigadas á través de las artificiales subdivisiones del plan. Hay que ir á buscar acá y acullá los motivos diseminados cuya elección es siempre feliz y su ejecución admirable : las rogativas, los misioneros en oriente, la vida y las costumbres de los caballeros monásticos, los conventos, los hospicios en la montaña. Es sorprendente que un artista de talento no nos haya dado aún una hermosa edición ilustrada del *Genio*, ya que muchos poetas han versificado algunos de sus pasajes. Los cuadros están hechos : bastaría pasar por las líneas un lápiz ó un pincel.

Chateaubriand *dibujaba* tanto como *escribía*. No es esto una metáfora, porque tenía talento de artista y cubría sus álbumes con croquis que sería muy interesante encontrar. Existe una larga carta suya, fechada en Londres, en 1793, que acompaña al envío de uno de sus dibujos. Da en ella muy juiciosos consejos acerca del *arte del paisaje* y son páginas dignas de recogerse :

El pintor que representa la naturaleza humana debe ocuparse en el estudio de las pasiones : si no se conoce el corazón del hombre, no es posible conocer bien su rostro. El paisaje tiene su parte moral é intelectual como el retrato; es preciso que él también hable y que á través de la ejecución material, se experimenten los sueños ó los sentimientos que hacen nacer los diferentes sitios.

Indica la belleza del sitio, del árbol, de la hoja, tan diferente según la esencia, y siempre tan maravillosa. Seguramente Ruskin leyó á Chateaubriand, al que á veces parece reproducir, — y de esta suerte nuestro autor agrega á tan magistrales innovaciones la gloria de haber sido el precursor de la religión de la belleza.